

TERCERA PARTE

1917- 1922

EL NUEVO ORDEN DE LA REVOLUCION

CAPITULO I

Cien gramos de pan por día

La primera época de la revolución rusa no fue muy mala en Vitebsk. Se decía que en Moscú la situación era terrible, la familia del Zar y la aristocracia trataron de disfrazarse y escapar y se los perseguía por las calles, la gente moría en cualquier esquina... Vitebsk era una pequeña ciudad del Norte de Rusia, allí no vivían aristócratas, y nada de eso pasó. Pero tuvieron todo lo demás. El dinero con la efigie del Zar perdió todo valor. La familia de mi padre no tenía mucho dinero guardado, pero por poco que fuera, lo perdieron. El contrato del Zar con la sastrería se pagaba siempre con atraso, el taller tenía créditos a cobrar; pero el nuevo gobierno no reconoció las deudas del Zar así que, como casi todo el mundo, se quedaron sin dinero y sin trabajo.

- ¿Y cómo se las arreglaban para el diario sustento?

- Los primeros meses, con el gobierno del mariscal Kerenski, mi padre hizo algún negocio comprando mercaderías en los remates de los pueblos, para revender en la ciudad. Cada pueblo había pertenecido a algún aristócrata y estaba cerca de su castillo. Por orden del gobierno popular se remataban las cosas que se habían confiscado de los nobles. Padre buscaba artículos de consumo: harina o cereales, o tal vez jabones. Algunas compras resultaron en buen negocio, otras no. Una vez, él llegó a casa con once barricas de miel de 200 kilos cada una.

- ¿Cuánto pagaste por eso? preguntó mamá.

- Muy barato. Será buen negocio.

- ¡Nadie las va a querer comprar! ¡Harina se precisa, no miel! En esta época, ¿quién compra lujos? Papá se ríe, recordando el episodio.

- Aunque te parezca extraño, los dos tuvieron razón. En los primeros meses de la revolución, todavía se conseguía azúcar barata y nadie compraba la miel.

- Por lo menos, es alimento, dijo mamá. Empezamos a usar miel para todos los días. ¡Hasta hoy siento el deleite de "kugl" (budín) de pan bañado en miel que mamá nos daba los sábados en esa época! Lo llamábamos

“ketzapijes bidvosh” (manjar de manjares). Un año más tarde, ya en el período de hambre, no había azúcar por ningún lado y nos sacaron la miel de las manos a muy buen precio. ¡Padre también había tenido razón!

- Otro día, mi padre llegó de una feria con cajas de jabones que consiguió muy baratas. Esa misma noche entraron ladrones al cuarto que usábamos de depósito y robaron todas las cajas. Mamá se puso a llorar con desesperación.

- ¿Qué vamos a hacer? Era todo lo que teníamos. ¿Con qué voy a dar de comer a mis hijos?

- ¿Qué hicieron? ¿Fueron a la policía?

- ¿Qué habríamos conseguido con una denuncia? La mercadería robada, no. Padre hizo lo único que se podía hacer. Por más a disgusto que se sintiera, buscó “contactos” para dar con la organización del “mercado paralelo”. Le exigieron un trato con un porcentaje de pago. Aceptó. Era preferible perder algo que todo. Cuando despertamos a la mañana siguiente, toda nuestra mercadería estaba de vuelta en casa. Nosotros no escuchamos nada, ni cuando nos sacaron las cosas ni cuando las devolvieron...

- ¿Los ladrones estaban bien organizados?

- ¿Qué te crees? ¡Si hubo en Rusia un “sindicato” bien organizado desde antes de la revolución, fue el del mercado negro! Eran épocas de guerra civil, de inestabilidad de las autoridades. Muchas veces no había ni comida en las tiendas. Aunque mi padre, sus amigos y su Rabino no estuvieran de acuerdo con los procedimientos de esa gente, ¿qué otra posibilidad quedaba que acudir a ellos para poder sobrevivir?

- La situación fue empeorando cada vez más. Nosotros no nos enterábamos de las transacciones comerciales de mi padre, pero una vez lo vimos llegar a casa desesperado, diciendo que por primera vez en su vida, iría a denunciar a un vecino judío a la policía.

- ¡Me hizo un pedido, yo viajé y conseguí la mercadería y él ahora se niega a cumplir! ¡Lo voy a obligar! ¡Necesitamos ese dinero! ¿Con qué voy a alimentar a mis hijos?

- ¿Acaso ir a la comisaría te va a sacar el hambre? dijo mamá. Y mi padre no hizo la denuncia.

- Ese primer gobierno revolucionario del mariscal Kerenski no duró mucho, dice papá. En octubre del mismo año el partido comunista con Lenin a la cabeza tomó el poder. Empezó un período de escasez terrible. Hasta entonces habíamos vivido con privaciones, pero ese invierno no teníamos lo que comer...

Aún en el mercado negro, se podía conseguir muy poca cosa. Mamá hacía pan con lo que hubiera. Fue un tiempo de hambre. Por la mañana, se ponía una balanza en el medio de la mesa y a cada uno se le pesaban cien gramos de pan. Ese era el "paiok", la porción por todo el día. Los mayores necesitábamos más, pero entendíamos que los menores protestarían diciendo: ¿por qué a mi hermano más que a mí? Decidimos que eso era lo justo, a cada uno por igual. Recuerdo a los niños apoyados sobre sus codos, alrededor de la mesa, con los ojos clavados en la aguja de la balanza, para que no se dé a uno más y a otro menos. Solamente cien gramos. Para todo el día. Cada cual comió su pedazo cuando lo quiso. Además de ese pan, mamá buscaba alguna hoja de remolachas para hacer "borsht" (sopa de remolacha). Esa era toda la cena, hojas hervidas con agua. La planta de remolacha no la sacaba, seguía en la tierra, porque así seguiría creciendo y dando hojas. Tomábamos mucha agua para engañar al estómago. Estábamos tan hambreados, que un día, como a las tres de la tarde, sentí que no podía aguantar y le pedí a mamá que me diera la cena.

- No, Hershele. Si te doy la sopa ahora, no tendré nada para darte de noche. ¿Qué vas a hacer cuando tus hermanos coman?

- Me acostaré enseguida, dije a mamá. Pero dame de comer ahora. Tengo mucha hambre.

- Mamá no dijo nada más. Me calentó un plato de agua con hojas de remolacha hervidas y me lo dio. Y así me fui a dormir en medio de la tarde, con la barriga llena de agua...

- Un tiempo después, el gobierno estableció panaderías estatales. Muchas veces hice mi turno junto a la plaza principal de Vitebsk; había que ponerse en la fila ya desde la noche para conseguir en la mañana un pan que en la boca pinchaba con la paja del cereal sin limpiar. Y los últimos en la cola no consiguieron ni siquiera eso y tuvieron que irse con las manos vacías... Un día nos llegó la noticia de que tomando el ferrocarril, en un campo no muy lejano se vendían papas en "mercado privado". El campesino lo acompañaba al cliente y cada cual tenía que tomar la pala y cosechar las papas por sí mismo. No vendía más de seis kilos por persona. Fui allá con mi hermana mayor y volvimos a casa con nuestro tesoro en pequeños bolsos de mano, para que nadie sospechara lo que llevábamos. En ese viaje nos dimos cuenta de lo que estaban haciendo nuestros compañeros de tren. Eran muchos los viajeros que transportaban comida en pequeñas cantidades, haciendo "contrabando hormiga". Había que salir a buscar comida donde pudiera encontrarse. Ya en el tren de regreso, mi hermana Tauba y yo decidimos que también nosotros haríamos eso de ahí en adelante.

CAPITULO II

Viajantes

- Tauba y yo nos convertimos en "viajantes", cuenta papá. Para evitar que sospecharan de nosotros, había que viajar cada vez en trenes distintos. Lo ideal para ese contrabando de comida hubiera sido intercambiar la información de los lugares en que se podía comprar entre un "viajante" y otro. ¿Pero en quién iba uno a confiar? La venta privada era ilegal, los campesinos estaban robando mercadería que deberían entregar al Estado. Preguntarle a alguien dónde compraba era confesar que nosotros estábamos comprando esa mercadería, lo cual se consideraba delito. Así que nadie comentaba con nadie. Bajábamos del tren en las localidades rurales a preguntar, simplemente, granja por granja, si había algo de comida que nos pudieran vender. Y al día siguiente íbamos a otra localidad. Así pasamos casi dos años. Tuvimos suerte. Nunca nos detuvo la policía. Sólo una vez volví enfermo de un viaje. Ya en casa, el médico vino a verme y dijo "hispanca". Era la "fiebre española", una gripe. Y una vez nos robaron un bolso, con unos pedazos de pan. Yo lo vi al ladrón, iba a gritar, pero me callé la boca. Con nosotros llevábamos varios kilos de cebada, no podíamos arriesgarla por nuestras tajadas de pan para la merienda. Se lo dije a mi hermana Tauba recién después que el ladronzuelo bajó del ferrocarril. No quería que ella armara escándalo. Ese viaje de tren mi hermana y yo no tuvimos nada para comer, pero llegamos a casa con la cebada a salvo.

- Muchas veces eran trayectos largos, uno a dos días de ferrocarril. Había que viajar al Sur, hacia Ucrania, para conseguir algo bueno. Volvíamos con unos diez kilos de comida por persona, era peligroso cargar más. Gracias a esos viajes se acabó el hambre en nuestra casa. No fue nada fácil, no. Recuerdo una noche en invierno. Habíamos conseguido harina de trigo, era un tesoro para hacer matzá (galleta ácima) en Pesaj (la pascua judía). Subimos a un tren tan lleno que no había lugar adentro ni para una aguja. Conocíamos a los que estaban sentados, eran todos "viajantes" como nosotros, muchas veces charlábamos, aunque nadie le decía a nadie adónde ni para qué viajaba. En esos negocios no había amigos. Rodeados de gente conocida, sí, pero

nadie nos hizo lugar. Tauba y yo sólo pudimos ubicarnos en la plataforma exterior. Era de noche, el tren corría y el viento era helado. Tauba empezó a llorar de frío. “ No siento las piernas. Me estoy congelando”, me dijo. En cada parada, dentro de las estaciones de tren había una estufa para calentarse, pero no bajaba nadie, para no perder su sitio en el vagón. No habría otro tren hasta el día siguiente. Hice bajar a Tauba en cada estación, yo me quedé en la plataforma cuidando los bolsos para que no los robaran y pataleando para no congelarme. Ah. Pero gracias a ese viaje, ese Pesaj, pudimos hacer nuestra propia matzá. ¡Fue un lujo para esa época! ¡Y lo conseguimos Tauba y yo!